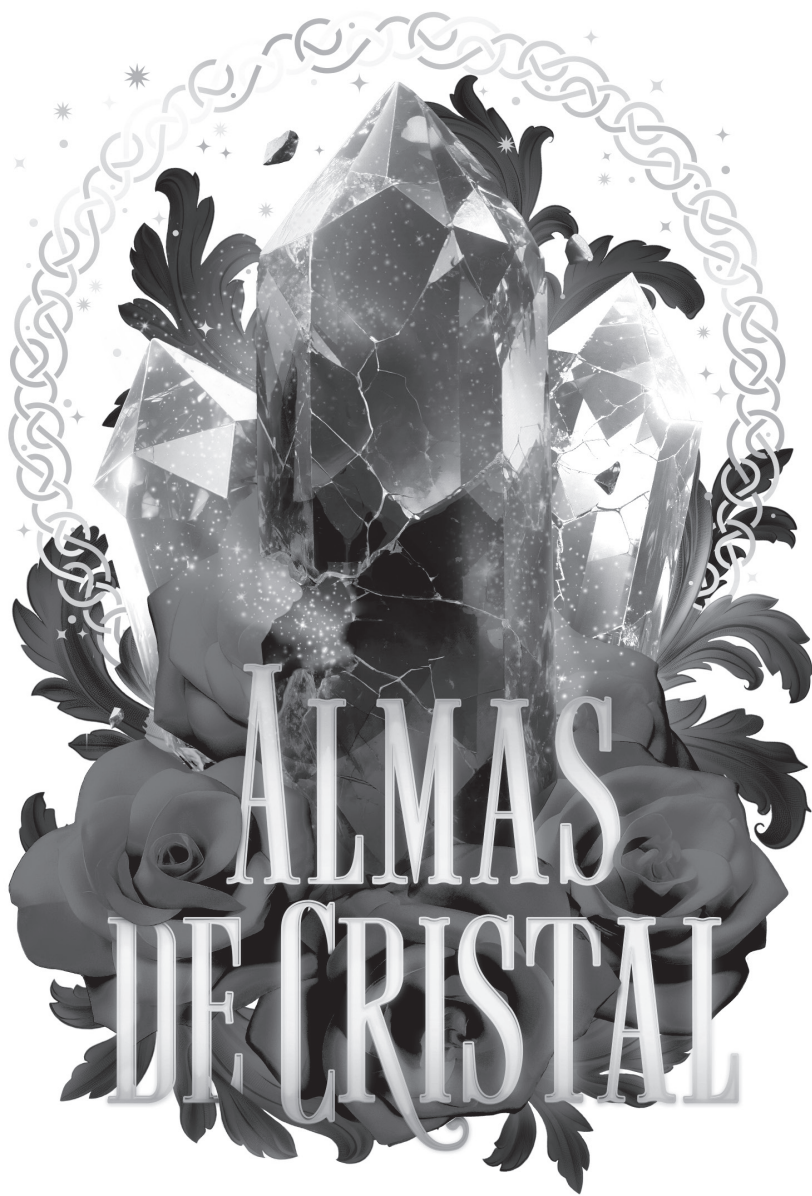




ALMAS DE CRISTAL

Cristina Prieto

Primera edición: febrero de 2026

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces
Diseño: Marta Mesa

Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Cristina Prieto, 2026
© Ediciones SM, 2026
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1011-602-3
Depósito legal: M-24761-2025
Impreso en España / *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro
Está calificado como papel ecológico y procede de bosques
Gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Por supuesto, para Fran.
Tú eres, y siempre serás, mi Equilibrio.*

LOS CINCO ALTOS PRECEPTOS DE LA ORDEN DEL EQUILIBRIO

El respeto a la magia es sagrado. Nada de lo que haga
un Hechicero debe desmerecer a la Orden.

Todo aquello dictaminado por las Primigenias
y comunicado por los Ancianos debe ser honrado.
Un solo Hechicero que se escape del camino de la Fe
puede causar de nuevo la ruptura del Equilibrio.

La magia no es del Hechicero, el Hechicero es de la magia.
La magia pertenece a las Primigenias y a la Geoda,
y jamás se debe usar para fines caprichosos o privados.

Se debe preservar la pureza de la magia
por encima de todas las cosas.

El Equilibrio se mantiene a través de la magia pura.
Las relaciones con mundanos están estrictamente prohibidas,
y un Hechicero solo producirá descendencia cuando
sea llamado a la Unión Primigenia.

Un Equilibrio es la forma más pura de vinculación
entre dos Hechiceros. Jamás debe romperse,
y cada uno de ellos será responsable de las acciones
y pensamientos del otro. Así, si uno de ellos
flaquea en su Fe, será deber del otro levantar su ánimo;
y si uno fracasa, será deber de los dos pagar
las consecuencias de sus errores.

Que las Primigenias os bendigan. Que la Geoda os eleve.

Eralyn



—*N*ecesito que te estés quieta un segundo, Era.

—Lo intento.

—No lo suficiente. Como sigas así, te voy a clavar un alfiler.

Miro a Thia con la cabeza ladeada, solo para encontrar su mirada llena de preocupación. La severidad que destilan siempre sus ojos está un poco empañada por ese otro sentimiento que solo le he visto experimentar, y en muy grandes cantidades, al mirarme a mí.

Para cualquier otro miembro de la Orden del Equilibrio, Thia Immbadhyn es el miembro más serio y aterrador del Consejo de la Luz, solo un escalón por debajo de los Ancianos. Con muchos más años en su haber de los que aparenta, es la Consejera encargada de los castigos más duros, de velar por la seguridad de la Fe y de exiliar a sus traidores.

Las historias que se cuentan sobre ella son capaces de hacer que hasta el chiquillo más rebelde se comporte bien. Se dice que, una vez, acabó con dos traidores a la Fe con sus propias manos y sin siquiera levantarse de la silla. Que su especialidad es arrancar la información de las entrañas de quien trata de escondérsela a la Orden.

Por los pasillos, hay quien se encoge en cuanto la ve aparecer.

Pero, para mí, es solo mi abuela.

Aunque me he esforzado en verla de otra manera, el hecho de que me haya criado durante casi toda mi vida lo ha hecho imposible. Y, si bien como figura materna también tiene sus momentos terroríficos, supongo que he tenido la suerte de poder tratar con ella en un papel más allá del profesional, de su deber hacia la Orden. He de decir que no es ni mucho menos una fachada: cree en sus ideales con la totalidad de su ser, y eso nunca va a cambiar. Pero, aun así, hay mucho más escondido detrás.

Dejo escapar el aire, con las manos aferradas al asiento de la silla, y me concentro en dejar de repiquetear el pie contra el suelo y alzar la cabeza para que Thia pueda terminar mi peinado. Se trata de una mera prueba del recogido ceremonial que se recomienda para pasar la Iniciación, que sucederá en menos de dos días. El resto de las novicias se lo harán entre ellas, pero yo...

En fin, menos mal que tengo a mi abuela.

Mi mente revolotea sin cesar, analizándolo todo. Cuesta pensar que casi quince años de estudios puedan definirse en un solo día, en un solo momento. Que den igual el esfuerzo, el trabajo o el ingenio, porque ese día solo cuenta tu poder innato. Tu propio Kai, la esencia mágica con la que naces y que te define desde el mismo momento en el que pisas la Geoda.

Lo único que no puedo controlar. Lo único que sacrificaría cualquier cosa por cambiar.

Thia termina de colocar las pinzas en la parte superior de mi cabeza, sujetando las dos trenzas que ha tardado tanto en hacer, y me da un apretón en el hombro antes de rodearme, deslizando su túnica por el suelo, hasta quedar frente a mí.

En los segundos en los que nos miramos, no hace falta que ninguna pronuncie palabra, porque las dos estamos pensando en lo mismo.

Ella no me ha criado para fallar.

Desde aquel día en que, con apenas cinco años, lloraba por no querer ir a clase con los demás niños, ha sido su frase estrella.

Y también su mayor mentira.



La Fortaleza de la Orden del Equilibrio está estos días más silenciosa que nunca. De manera habitual, las conversaciones y los pasos apresurados de sus habitantes lo cubren todo. Pero ahora mismo, mientras me dirijo hacia mi habitación en la parte este del cuarto piso, el silencio reviste los muros y cala en mis huesos como una amenaza.

Resulta paralizador llevar toda la vida preparándote para algo y que ese algo llegue cuando aún no estás lista. Cuando ni siquiera estás mentalizada y suplicarías por más tiempo. Pero la certeza de que en realidad da igual, de que mis esfuerzos no importan en absoluto, termina de congelarme la sangre dentro de las venas.

Me obligo a tragar saliva cuando llego a las escaleras que dan a las habitaciones de los novicios: todos los que no somos aún Hechiceros, pero dedicamos nuestra vida a la Orden del Equilibrio preparándonos para ello.

Dos tramos de escaleras de piedra clara ascienden hasta bifurcarse en otros dos. Tengo este camino tan implantado en la mente que me dirijo hacia la izquierda sin pensar, mi mente

aún envuelta en los mismos pensamientos que no me dejan dormir por las noches.

Al entrar en la sala principal de los Fulgoris —los que se supone que deberían ser mis hermanos y hermanas—, no siento el mínimo asomo de calidez. Lo único bueno de este lugar es que es tan amplio que la mayoría de veces consigo pasar desapercibida. Al menos, las veces que no se escuchan bufidos. O risas. O ambas cosas.

—Eralyn —saluda Sylá, la novicia que mejor me trata de entre las de mi edad porque, al menos, me dirige la palabra.

Este año nos presentamos a la Iniciación un total de diez Fulgoris y siete Umbros. Por tanto, hay nueve personas que comparten mi situación en esta ala de la torre, sin contar con los novicios de menor edad, que se arremolinan en la amplia sala, desperdigados entre los sillones y la amplia y suave alfombra de color blanco puro. El hecho de que solo una de ellas me dirija algo parecido a un saludo es representativo de lo que el grupo piensa de mí.

Debería haber desarrollado una coraza con los años. La mayoría de los días, estoy convencida de que la siento a mi alrededor, de que soy capaz de desplegarla para que ninguno de sus comentarios (ni los que hacen ni los que obvian) me afecte. Pero en ocasiones, como hoy, la coraza de hielo se derrite, dejando mi corazón al descubierto.

Y siempre tiene frío.

Asiento en dirección a Sylá sin detener mi marcha. El fondo de la sala blanca está repleto de puertas que llevan a los dormitorios comunes. El mío es el segundo por la izquierda, y lo comparto con otras tres novicias.

Al abrir la puerta, me siento ligeramente más tranquila. De las cuatro, soy la única que pasa su tiempo libre encerrada aquí,

quizá porque es el lugar donde menos siento que no encajo. En esta habitación, cada una tiene un camastro, una pequeña mesa con una silla de madera y un arcón para sus pocas pertenencias. Al fin y al cabo, hasta que no te inicias, no empiezas a ser útil para la Orden ni para la Geoda, y no te hace ninguna falta poseer demasiadas cosas.

Aquí, todas somos iguales.

Dejo escapar el aire que he estado reteniendo antes de sentarme en mi escritorio y abrir con delicadeza el minúsculo cajón. Ya he memorizado cuánto tirar, cuándo parar y cómo empujar ligeramente hacia abajo para que produzca el menor ruido posible. Soy la única que puede abrirlo porque, aunque sin los cristales nuestra magia se reduzca a una pequeña chispa perdida, esa chispa nos permite hacer algunas tonterías como diminutas cerraduras mágicas.

Extraigo mi libreta de cuero y una plumaeterna, uno de mis tesoros más preciados..., por no decir el único.

Las plumaeternas no utilizan tinta, sino que sirven para que un Hechicero (o una novicia, en este caso) pueda usar su magia al plasmar sus pensamientos en el papel.

Son de los pocos objetos, además de los cristales, capaces de canalizar la energía de la Geoda. Se dice que la huella que dejan en las páginas representa el color del Kai de cada Hechicero, aunque no conozco a nadie más que las use, por lo que no puedo verificar si el morado que mancha páginas y páginas de mi cuaderno tiene algo que ver conmigo o con mi esencia mágica.

Tomo aire antes de posar la pluma en el primer hueco en blanco. Entonces es mi mente la que se vacía, y procedo a volcar todos mis pensamientos, mi ira, mi frustración y mi tristeza en las páginas.

Thia me dijo una vez que tuviera cuidado con la plumaeterna. Fue justo después de regalármela, apenas unos meses tras el fallecimiento de mi madre.

«Las plumaeternas sirven para vaciarnos de sentimientos que amenazan con rompernos por dentro. Pero, a veces, necesitamos rompernos para volver a crearnos y resurgir más fuertes de las cenizas».

Recuerdo sus palabras porque fueron las únicas que decidí no verter sobre el papel, las únicas que escogí quedarme para siempre, no permitir que perdieran su intensidad.

Cuando termino de escribir, me siento más tranquila y mi respiración se acompasa con mis pensamientos. El efecto no dura eternamente, pero me aletarga lo suficiente para concebir la esperanza de llegar a mañana con un mínimo de cordura.

«Solo dos días, y todo habrá terminado», pienso.

No hay tristeza en mí, y así será hasta que vuelva a formarse el remolino en mi garganta.

Hasta que vuelva a invadirme el miedo de qué pasará cuando todo termine y no haya un nuevo principio esperándome al otro lado.

✧ AÑO 85 DE LA ORDEN ✧

TERCERA LUNA

La Orden nos preparó para servir a la Geoda, y eso estamos haciendo. Desde que llegamos, no hemos cesado de aprender, de seguir las instrucciones de los Hechiceros más veteranos, de escuchar sus palabras con atención para no cometer ninguno de los errores que tan insistentemente nos mencionan.

Es agotador, pero también reconfortante, porque por fin siento que mi presencia en este mundo tiene un propósito. Cuando por la mañana me despierta la primera luz del sol, aunque me cueste abrir los ojos por lo fatigado que noto mi cuerpo, sé que estoy haciendo lo correcto, y eso es lo único que necesito para seguir.

Pero, más allá de nuestras obligaciones, descubrir Essnea con Darek está siendo una aventura, porque él siempre lo vuelve todo más intenso, más divertido.

Incluso las miradas que compartíamos por los pasillos, cuando aún no se nos permitía comunicarnos, estaban llenas de diversión. Desde aquel día que me tropecé en sus brazos y no pudimos evitar echarnos a reír, desarrollamos la misma complicidad que seguimos manteniendo hoy.

Por eso no me extrañó cuando el cristal decidió que cada uno éramos el Equilibrio del otro. Yo ya lo sabía desde que sus ojos y los míos se encontraron por primera vez.

Otros novicios deben familiarizarse con sus Equilibrios antes de salir rumbo a su destino, pero a nosotros apenas nos hizo falta. Era como si le conociera de toda la vida, y hoy, varias lunas más tarde, tengo la sensación de que a veces me conoce mejor que yo misma. Me he dado cuenta de que siempre me ofrece comida justo cuando empiezo a tener hambre, de que se cambia de posición de manera instintiva para que me pueda dar el sol directamente.

La luz del sol... Ha sido el mayor descubrimiento desde que nos mudamos aquí. En la isla de la Orden todo está helado, y jamás hubiera esperado amar tanto la sensación del sol sobre mi piel. No lo he tenido que comentar con Darek: él solo lo ha entendido y actúa en consecuencia, como si cumplir mis caprichos fuese tan natural en su vida como el respirar.

Yo también le cuido a mi manera: impido que se fuerce demasiado en las tareas que nos implican, porque, si nadie le frenara, acabaría extenuado todos y cada uno de los días. Inei, desde que la nombraron capital de Essnea, ha crecido enormemente, y no somos los únicos Hechiceros asignados aquí, por lo que no debería tomárselo todo tan a pecho. Siempre actúa como si fuera el único que pudiera solucionar los problemas del mundo. Y eso es algo que, muy a mi pesar, también me fascina de él. Para Darek, nada es un problema: todo son retos que superar con una sonrisa.

Nos han colocado en un pequeño apartamento encima de una taberna bastante concurrida. Al parecer, los Hechiceros que ya estaban aquí viven ahora en un edificio mucho más lujoso cerca de la plaza, pero la verdad es que no cambiaría esto por nada del mundo.

Los taberneros son tan amables que casi parecemos de su familia, y la taberna nos sirve de filtro para evitar visitas indeseadas. No es posible que nadie se presente sin avisar, y no es porque no lo intenten.

Los rumores que están llegando hablan de nuevo sobre la escasez de Hechiceros. Cada año surgen menos Equilibrios y, por tanto, más pueblos y ciudades se quedan sin su oportunidad de contar con nosotros. Lo que empezó como un proceso de estandarización de la magia por parte de la Orden está teniendo, muchos años después, consecuencias inesperadas, pero que supongo que podríamos haber visto venir... si alguien hubiera querido mirar.

Al parecer, ha habido protestas en un pueblo vecino porque ellos no tienen ningún Hechicero y en Inei somos dos parejas. Darek lo entiende, yo... no lo tengo tan claro. No me gusta la gente conflictiva. Va en mi naturaleza.

Supongo que solo queda esperar a ver qué sucede, y seguir descubriendo esta ciudad que tanto tiene que ofrecer. Esta vida que se ha desplegado ante mis ojos.

2

Eralyn



La energía mágica que mueve la Geoda y alimenta nuestro Kai solo tiene dos direcciones, y cada clase de Hechicero controla una de ellas.

Los Fulgoris empujamos hacia fuera: canalizamos, pero nunca somos el recipiente final de lo que pasa a través de nosotros.

Los Umbros atraen hacia dentro, hacia sí mismos, absorbiendo y reteniendo lo que reciben.

Todo ello, sin un cristal que nos sirva de ayuda, tiene un límite, que es la capacidad de nuestro propio cuerpo. Con lo cual, intentar empujar o recibir energía sin un cristal es extremadamente peligroso y egoísta, porque la energía mágica se malgastaría.

Después del ritual de Iniciación, nos emparejaremos por Equilibrios, cada pareja con un cristal propio. Solo así podremos empezar a usar todo nuestro potencial mágico. Hasta entonces, no nos están permitidos más que ciertos ejercicios con pulsiones mágicas, destinados a que comprendamos cómo funciona el poder.

Delante de nosotros hay varios objetivos de madera. Se trata de simples varas, ancladas al suelo por clavos que no las

sujetan demasiado bien. Lo que se pide de nosotros es que las empujemos para lograr moverlas.

Por supuesto, mi objetivo apenas se mueve: mi chispa mágica es tan breve que un soplo de viento hubiera conseguido el mismo efecto.

Miro a mi alrededor, con el corazón en un puño. Siempre he sido la mejor estrategia de todos. Con los años, descubrí mi facilidad para detectar los planes de los demás y desarrollar con maestría un contraataque sencillo que los desarmara.

También he sido la mejor, con diferencia, en las materias centradas en la ciencia que explica el poder de los cristales de la Geoda. Poseo una memoria casi infalible, además de una intensa voracidad lectora motivada por mis ganas de aprender. De saber más, poder más, creer más. Siempre más, para intentar compensar que me falta lo más importante. Eso que, por mucho esfuerzo que realice, nunca podré cambiar.

Y entonces, me alcanza.

Un chispazo mágico «perdido» y un «Lo siento» masculino entre risas. El dolor me envuelve, pero estoy acostumbrada a este tipo de prácticas y sé que, si reacciono, solo conseguiré alimentar más su diversión.

Aun así, las costillas me escuecen. La magia sin cristales es ruda, primitiva y sin canalizar. Cuando te alcanza es muy difícil deshacerse de ella, incluso siendo una Fulgor, lo que significa que podría *ceder* ese dolor a alguien... ¿Pero a quién?

Sin un cristal donde almacenar esa energía o un Umbro que te la arrebatase, la única alternativa es quedarte con el dolor hasta que se desvanece por su cuenta. Forma parte del entrenamiento, pero no lo hace menos penoso.

El maestro pasa delante de mí y me observa sin decir nada, antes de avanzar hacia el resto de mis compañeras de último

año. Hace tiempo que decidieron ponerme las mismas pruebas que a los demás, pero nadie los obliga a considerarme igual que ellos. Así que no me penalizan, pero tampoco me premian.

E incluso ese estatus intermedio, invisible, terminará mañana en cuanto finalice la Iniciación.

—¡Suficiente! —vocifera entonces el profesor Leunhir, dirigiendo un asentimiento a su compañero Prios, que nunca se separa de su lado. Avanza un par de pasos desde la puerta de la sala y, con el cristal en la mano izquierda, alza la derecha para encender las antorchas con un gesto—. Suficiente, novicios. Este ha sido el último entrenamiento antes del día más importante de vuestras vidas. Dejadme dedicaros unas últimas palabras.

Nos congregamos a su alrededor, aunque yo trato, como siempre, de mantenerme un poco detrás de mis compañeros, como si eso fuese a hacer que pase desapercibida. No lo he conseguido en ningún momento, por descontado. Es difícil no destacar cuando tu Kai fracasa día tras día, tanto que hasta tú misma dudas de hasta qué punto tienes uno, hasta qué punto perteneces a este lugar y a esta Orden.

—Recuerdo mi Iniciación —anuncia entonces Prios. Tiene el cabello surcado de canas y recogido en un peinado alto, con varios mechones que descienden por su frente en un delicado desorden—. Estaba nervioso, pero mi Kai se mostraba tranquilo porque sabía que iba a encontrar a mi compañero, a la otra cara de mi moneda, a mi Equilibrio. Sentiréis que los cristales os ponen a prueba, novicios; que no sois suficiente. Y es precisamente porque no lo sois, porque uno solo de vosotros no puede convertirse en Hechicero, porque solo dos llegan a ser uno. La Geoda os conoce y espera recibir vuestra mejor versión para poder así concederos a otra persona que os complementa.

—No temáis, porque el destino ya está escrito —prosigue Leunhir—. Tened Fe en las Primigenias, en la Geoda y en la Orden del Equilibrio. Con esa Fe en el corazón, nada puede venceros. Con esa Fe en el corazón, mañana estaréis completos y podréis, por fin, servir a vuestro mundo. Os deseamos suerte, novicios. Al anochecer, ya seréis parte de nuestra historia.

Como de costumbre, no soy consciente del momento en el que Leunhir le ha pasado el cristal a Prios, pero es este último el que alza las manos para retirar el fuego de las antorchas. El cristal brilla, conteniendo la energía que Prios acaba de retirar del mundo y marcando el final de la clase.



—No acudías aquí desde que eras una niña.

La voz de Thia me sorprende en medio de mis pensamientos, pero no me muevo ni un milímetro. De todas formas, en este banco enorme de piedra blanca cabrían otras cuatro personas sin necesidad de rozarse.

Mi abuela avanza con la túnica arrastrando a su espalda, dejando un rastro entre las ramas y flores que cubren el suelo del invernadero.

La isla de la Orden —la que ocupa el lugar central de la Geoda, donde nos encontramos— es una región helada. Se dice que el frío proviene del mismísimo Templo del Equilibrio, ese lugar de la Fortaleza de donde se extraen los cristales fundamentales para realizar nuestra magia. Pero incluso en la isla de la Orden echaban de menos las flores, así que los dos invernaderos que posee la Fortaleza tienen sus propios Hechiceros dedicados única y exclusivamente a su cuidado. A mantenerlos a flote, a pesar de todo lo que tienen en contra.

Quizá por eso me gusta venir cuando siento que me hundo.

—Pediré que me asignen aquí —murmuro, con la mirada perdida en las rosas que se extienden frente a mí—. Mañana, tras la Iniciación, no sabrán qué hacer conmigo. Así que les daré una solución. Puede que no sea capaz de mucho sin un cristal, pero... seguro que puedo ayudar.

—Eralyn, no voy a consentir que pienses...

—Abuela —la corto, y giro la vista para encontrarme con su mirada malhumorada. Siempre ha odiado que la interrumpan—. Es hora de terminar con esta pantomima. Te agradezco mucho que hayas creado esta mentira todos estos años, y te he seguido el juego porque era mucho más fácil vivir en un mundo en el que hubiera esperanza para mí. Pero la Iniciación es mañana, y tú y yo sabemos que no voy a superarla. Que no tengo la magia suficiente para encontrar a un compañero. Te agradecería que dejaras de fingir. Estoy... cansada.

La voz se me rompe al final, y alzo la vista para reprimir las lágrimas a la vez que tomo aire.

Thia no dice nada por unos segundos; se limita a fruncir el ceño y juntar las manos en su regazo. La túnica de franjas en plata y cobre del Consejo de la Luz se arremolina allí, y me recuerdo a mí misma de niña, sentada entre sus brazos, llorando noche sí y noche también.

Sus palabras de ánimo: «Pasará, mi niña, pasará. Y entonces, seremos más fuertes».

Nunca he llegado a saber qué relación tenían ella y mi madre. Desde luego, sí que tengo claro que no es mi abuela de sangre. Y, aun así, el cariño que le tenía a mi progenitora la llevó a hacerse cargo de la hija mestiza que dejó cuando... cuando descubrieron su traición.

Solo por eso ya le debo mi vida a esta mujer repleta de arrugas y mal humor. Arriesgó su ascenso al Consejo de la Luz por cuidarme. Con cinco años, no era apenas consciente de lo que sucedía a mi alrededor, y la pérdida de mi madre me había llenado de pena y desesperación, pero sí que fue evidente que intentaron arrancarme del lado de Thia. Y ella no se lo permitió.

Quería que tuviera las mismas oportunidades que cualquier niño nacido con Kai. Y aunque los mestizos sean escasos por ser ilegales, yo no había cometido ningún crimen. Y aunque mi Kai fuera débil, mediocre, estaba ahí, y por tanto no pudieron negarse a que comenzara mi educación mágica. Pero, a pesar de que finalmente Thia ascendió y pasó a formar parte del Consejo de la Luz, a pesar de ser una de las Hechiceras más respetadas (y temidas) de la Fortaleza..., nunca consiguió que nadie más que ella me aceptara.

En cierto modo, debería estar aliviada de que todo esto termine. Mis compañeros encontrarán su Equilibrio, se les asignará a las distintas islas y se marcharán de la Fortaleza. Ya no habrá más burlas. Con el tiempo, la gente se olvidará de esa mestiza a la que no sabían cómo tratar, a la que les hubiera encantado borrar del mapa. Con el tiempo, seré solo aire paseando por la Fortaleza, quizá en este invernadero, y podré estar al fin en paz. Y, aun así, aunque me convenzo día tras día de que es lo mejor, el alivio no llega. Es el pánico el que sigue aferrado fieramente a mi corazón.

—¿Le echas de menos? A tu Equilibrio —digo de pronto.

Apenas habla de él, pero el Equilibrio de Thia, su otra mitad, falleció antes de que ella tuviera que hacerse cargo de mí. No sé en qué circunstancias, pero es el único motivo que explica que no esté aquí, con ella. Los Equilibrios son de por

vida, es uno de los preceptos de la Orden. De él solo conozco su nombre: Eiro, porque lo mencionó en una rara ocasión y mi mente se apoderó de ese dato.

En la Orden, el concepto de familia es bastante abstracto. Los nacimientos están muy vigilados y tienen que ser siempre entre Hechiceros, para preservar la pureza del Kai y evitar, precisamente, que nazca gente como yo. A medias. Inútil para la Geoda.

La mayor parte de los novicios viven alejados de sus familias. Los Hechiceros, una vez pasada su Iniciación, se distribuyen por las otras cuatro islas de la Geoda, que rodean a la de la Orden, y solo acuden a la Fortaleza en momentos muy puntuales. Por ejemplo, cuando la propia Orden considera que deben producir descendencia. Una vez nacen los bebés, están obligados a criarlos hasta que cumplen los cinco años, momento en el que los envían a la Fortaleza para encomendarlos al cuidado de la Orden.

Un Hechicero no tiene el lujo de los mundanos: una familia unida y cariñosa, una red de apoyo incondicional. Un Hechicero solo forma vínculo con su Equilibrio, esa otra mitad de su magia con la que convive, trabaja y lucha día a día. Sin embargo, a pesar de que Eiro debió ser fundamental en la vida de Thia, ella evita mencionarlo. Y eso siempre ha encendido mi curiosidad, aunque he evitado preguntar directamente porque tengo la sensación de que es un tema que le escuece.

Por ello contengo la respiración mientras observo la expresión de la anciana, que varía solo un poco, apenas perceptible para alguien que no haya pasado la mayor parte de su vida aprendiendo a descifrarla.

—Cada día —murmura al final.

Pienso que no va a añadir nada más —ya he logrado sacarle más información de la que esperaba— y vuelvo la mirada al frente, a los rosales.

Pero entonces, me sorprende:

—Sin embargo, estos años sin él me han hecho aprender que no necesitamos un compañero para estar completas. Que somos un todo por nosotras mismas, y que estar solas no significa que nunca vayamos a aportar algo importante a la Geoda.

Abro mucho los ojos, porque esas frases transgreden de manera directa todo lo que se nos inculca en la Fortaleza, los mantras inamovibles que mueven nuestra sociedad.

—Pero, si no consigo un compañero mañana... —comienzo a protestar.

—Si no consigues un compañero, Eralyn, averiguarás otra forma de mover el mundo. Es tu destino.

Callo. La mandíbula se me tensa porque, aunque no estoy de acuerdo con sus palabras, no puedo rebatirle nada.

No en vano fue mi madre quien me puso el nombre, y no en vano ese nombre significa «la que mueve el mundo».

Contradecir a Thia implicaría negar la memoria de mi madre, que lo dio todo por mí. Hasta la vida.

Así que nos quedamos allí, en silencio, y me centro en pensar que, si mañana fracaso (*cuando* mañana fracase), al menos habré hecho todo lo posible para que ella se sintiera orgullosa.

Zann



El tiempo hace mucho que cesó de tener importancia.

El tiempo es solo algo que se interpone en el camino de mi venganza.

El tiempo corre y luego reptar y luego se desliza para después gatear.

Así es mi vida ahora. Si es que a esta existencia sin cuerpo se le puede llamar vida.

Noto cómo mi Kai tira de mí, desesperado por recuperarme. Es un sentimiento constante que vive en todo mi ser, en lo que queda de mí.

Quiero llegar a él, quiero volver a fundirme con mi presencia física y no ser solo un ente que corre y reptar y se desliza y gatea a través del tiempo.

Hasta hace poco (¿y qué es poco, estando aquí?; no tengo ni la más remota idea), eso era lo único que ocupaba mi mente.

Pero recientemente ha habido un cambio.

Una chispa de energía venenosa, un pensamiento intrusivo que cada vez pulsa más por hacerse con el control: la derrota.

No sé cuántos años, siglos quizá, llevo encerrado aquí. Y nunca me había importado. Mi determinación ha sido siempre tan férrea, mi sed de venganza tan sólida, que no había lugar para la duda.

He visto a otros —decenas, cientos— venir a este lugar. He podido hablar con ellos, recabar información, mantenerme al día de un mundo que hace tiempo que siguió girando sin mí. Y así como vinieron, también presencié sus caídas.

Aunque jamás con un adiós, o siquiera un mísero aviso. Aquí, nadie sabe cuándo se le terminará el tiempo. Cuando tu alma dejará de tirar hacia tu cuerpo y cuándo, entonces, desaparecerás.

Al otro lado de esta pared de cristal, la muerte, en muchos casos, suelta avisos. En la mayoría, nos permite despedirnos de la otra persona, y después llorar su cuerpo y honrar su memoria.

Aquí no nos conceden ni eso. Esta prisión es tan cruel que ni siquiera somos un número, sino la sombra de uno que ha venido a perseguir una misión que desconocemos, para luego desaparecer como si jamás hubiera llegado a existir. El orgullo por permanecer siempre se ha unido a mi propia fuerza, avivando mi alma. Hasta ahora.

La chispa del cansancio comienza a comerme por dentro.

Por primera vez, siento que mi final puede estar también cerca, que puedo ser una de esas almas que se evaporan y desaparecen.

No lo he hablado con nadie, aunque «hablar», aquí, no es tan sencillo. Más bien compartimos recuerdos, impulsos, sensaciones. Quizá es que me da miedo compartir esto, que está podrido, con otra alma que pueda aún tener esperanza.

No lo sé. Lo único que me hace dudarlo es que hace mucho tiempo que dejé de albergar ninguna bondad en mi interior.

Ahora solo me consume la sed de venganza. El darme cuenta de que se me agota el tiempo hace que sea más apremiante salir de aquí.

Sea como sea.

Cueste lo que cueste.